

LOS ARTISTAS CON QUIENES CONVIVIÓ EL GRECO

JUAN NICOLAU CASTRO

Académico Numerario

Domenico Teotocopuli es la gran figura del arte toledano entre los siglos XVI y XVII, de tal magnitud y proyección universal que se puede decir que su fama, de alguna manera, llegó a eclipsar a sus contemporáneos. Pero en el Toledo en el que vivió trabajaron otros muchos artistas de modo que, sin su figura, Toledo hubiese sido también un gran foco artístico y cultural.

Durante la primavera del año 1982 se celebraron en San Pedro Mártir y en el Hospital de Tavera de Toledo y en el Museo del Prado de Madrid. sendas exposiciones que estudiaron la figura del Cretense desde ángulos muy diferentes. La exposición de El Prado, comisariada por Dr. Pita Andrade, permitió ver de nuevo en España obras suyas capitales, salidas de nuestra ciudad, y conservadas en los más prestigiosos museos del mundo. Las otras dos exposiciones, las de Toledo, comisariadas por el Dr. Pérez Sánchez, permitieron descubrir un Toledo esplendoroso que se forjó a veces a espaldas del genio de Creta. En el catálogo de esta segunda exposición trabajaron muchos de los más importantes investigadores españoles de entonces. El libro supuso un gigantesco avance en el conocimiento del Toledo en el que vivió El Greco que ha servido para sentar las bases de muchos aspectos del arte de la Ciudad Imperial.

En el campo de la pintura se estudiaron, tal vez por primera vez juntos, personalidades tan atractivas como Diego de Aguilar, Luis de Carvajal, Blas de Prado, Luis de Velasco, Alejandro de Loarte, Juan Bautista Maino y Pedro Orrente o Luis Tristán. En la escultura se trató de la posible influencia de Alonso Berruguete y Felipe Vigarni y

de Juan Bautista Vázquez el Viejo, Pedro Martínez de Castañeda, Diego de Velasco o Giraldo de Merlo.

Capítulo especialmente vigoroso es el que ofrecía la arquitectura con artistas tan señeros como Alonso de Covarrubias, los dos Nicolás de Vergara, el Viejo y el Mozo, Juan de Herrera, Francisco de Mora, Juan Gómez de Mora o Juan Bautista Monegro.

Son personalidades tan fuertes en sus respectivos campos que resulta materialmente imposible hablar de todos, por lo que he tenido que arriesgarme a utilizar el difícil arte del bien escoger. También, ya que en algunos de los campos desde entonces se han producido novedades documentales, he intentado incidir en ellas.

La llegada de el Greco al Toledo del momento supuso un acontecimiento capital. Sabemos como el artista llega a España desde la ciudad de Roma, y como ha estudiado la pintura veneciana. Llega profesando el manierismo, la vanguardia de su tiempo, que le conducirá a crear algunas de las obras más significativas de este estilo cargado de un cierto intelectualismo. Y aquí en Toledo conducirá al Manierismo a sus últimas consecuencias, pintando alucinantes personajes sin referencia, muchas veces, a paisaje alguno concreto. Pero el arte, como la propia vida seguía, evolucionaba, se transformaba, sobre todo en la Italia de aquellos años, y el Greco en Toledo vivirá de alguna manera aislado, podríamos decir que alucinado por sus propias alucinaciones.

Aquí se encontraría con la obra de un escultor que había trabajado mucho para la ciudad y que en ella había muerto 16 años antes de su llegada Alonso Berruguete. Personalmente, pues, no se conocieron pero el Cretense estudiaría despacio su obra. Mucho se ha escrito sobre ello pero indiscutiblemente los paneles de la sillería del coro de la catedral tuvieron que impresionar la retina del recién llegado. En estos paneles los patriarcas bíblicos muestran una tensión y un dinamismo sin igual en la historia del arte español. Lo mismo puede decirse de la Visitación del retablo de Santa Ursula en el que Santa Isabel, llena de ímpetu, se lanza hacia María.

Es muy posible también que impresionara al Cretense la obra de otro escultor mucho menos conocido, Gregorio Pardo o Vigarny el hijo del Felipe Vigarny que había labrado el lado opuesto al de Berruguete en el coro catedralicio. La belleza una tanto enigmática de algunas

Vírgenes que se le atribuyen, resultan exquisitos y de un exotismo nuevo en el Toledo del momento.

En el campo de la pintura a la llegada del artista ya había terminado la búsqueda del lírico idealismo que se inspiraba en Rafael y que había llenado la primera mitad del siglo XVI. El representante más importante de esta corriente será Juan Correa de Vivar.

Y entrando de lleno en la pintura contemporánea al Greco son los pintores más interesantes Luis de Carvajal, Blas de Prado y Luis de Velasco.

El primero, era hermano del escultor y arquitecto Juan Bautista Monegro. Su formación que debió realizar con los pintores italianos de El Escorial se completó con un viaje a Italia que le rodeará de cierto orgulloso prestigio. Establecido en Madrid, su pintura estará por completo al servicio de los ideales religiosos de Felipe II. Sus lienzos con parejas de santos mártires que decoran algunas de las capillas del monasterio son para Don Diego Angulo «de lo mejor que se pintó por mano española en aquellos años». Fernando Marías documentó ya hace algunos años, como suyas, las pinturas del retablo de la Concepción Francisca de cuya traza arquitectónica se ocupó su hermano. Las pinturas representadas son San Francisco, San Antonio de Padua, y los Santos Juanes y dos pequeños recuadros con el Nacimiento y los Desposorios de la Virgen.

A Luis de Carvajal se le atribuye la Dra. Isabel Mateo uno de los retablos más interesantes del Toledo de la segunda mitad del siglo XVI, el de la iglesia del convento de las Jerónimas de San Pablo. Retablo que se compone de dos cuerpos, ático y predela. El cuerpo principal se compone de sagrario, dos tablas con el martirio de San Juan Evangelista y el Bautismo de Cristo y sendas pinturas, en los extremos, dedicadas a San José y a la Sagrada Familia que son, en realidad, las puertas de dos relicarios. El siguiente cuerpo se dedica la decapitación de San Pablo flanqueada por los Santos Francisco y Domingo y en el ático se representa la muerte de San Jerónimo. Pinturas de extremada calidad, con planteamientos todavía muy manieristas y con indiscutibles recuerdos en algunas actitudes y expresiones del pintor cretense. Según Martínez Caviro el retablo se encargó a la muerte de Don Fernando Niño de Guevara, Arzobispo de Sevilla, ocurrida en 1609 por lo que no es fácil la atribución a Carvajal que había muerto en Madrid en 1607. Queda,

pues, la incógnita del autor de esta obra excepcional aunque la semejanza de los santos Francisco y Antonio de Padua del documentado retablo de la Concepción les hace parecer de la misma mano.

En Blas de Prado la influencia de algunas de las figuras de El Greco es clara aunque su pintura siga otros caminos. Probablemente nació en el cercano pueblo de Camarena, hacia 1545 y debió morir hacia 1600. Ha sido nuestro compañero académico José Carlos Gómez Menor quien más datos documentales ha aportado sobre la vida y la obra de este pintor. Fue considerado como uno de los mejores pintores de su tiempo e incluso se le colocó, en ocasiones, a la misma altura que el propio Greco, Ribalta o Sánchez Coello. Siempre se ha comentado su faceta como retratista y la casi certeza de ser uno de los introductores del género de bodegón en España. Francisco Pacheco. Le conoció en Sevilla cuando en 1593 iba camino de Marruecos obedeciendo la orden de Felipe II que había recibido del Jerife, gobernador musulmán, el ruego de enviarle un buen pintor de retratos. Parece que como presentación llevaba una serie de lienzos de frutas que Pacheco llegó a ver. A su vuelta, Blas de Prado llegaba vestido con atuendos morunos que utilizaría privadamente en su casa. Las fuentes le atribuyen un gran número de obras pero son pocas las identificadas hasta el momento. En 1583 colaborará con Luis de Velasco en las decoraciones que se levantan en Toledo para las fiestas de la llegada de las reliquias de Sta. Leocadia. De estas pinturas se conservan, en el Museo de Sta. Cruz, los retratos, en grisalla, de la emperatriz María con su sobrino, el futuro Felipe III y de la princesa Isabel Clara Eugenia. Suya es también la Sagrada Familia o la Virgen de Villegas, el famoso humanista autor del Flos Santorum. En el lienzo se nos muestra muy buen conocedor de la pintura italiana con Corregio y los venecianos a la cabeza. Gómez Menor dio a conocer como suya una espléndida Santa Leocadia en la Colegiata de Talavera de la Reina. Fechada en 1592, le fue encargada por el canónigo de la colegiata Alonso de Paz. Centra la composición la Santa que surge de su timba para agradecer a San Ildefonso, en nombre de la Virgen, lo que este ha escrito sobre ella, ante la mirada estupefacta del rey Recesvinto. La obra revela todas las influencias en las que bebió el pintor, el manierismo que triunfa en el siglo, el colorido veneciano, la dulzura de algunas de las pinturas del Corregio y la tensión de el Greco entrevista en muchas de sus figuras. El blanco vestido de la Santa, matizado por unas irisaciones color de rosa es de lo más hermoso de la pintura de este momento. Siempre se

consideró como un retrato del canónigo donante la realista figura del clérigo que aparece sobre San Ildefonso.

Fernando Marías localizó y atribuyó a Blas de Prado las pinturas de la bóveda de la capilla del cigarral del Cardenal Quiroga, hoy conocido como la Almazara. Esta bóveda «se organiza en tres círculos concéntricos». Aquí se puede ver como Blas de Prado como ce las lógias del Vaticano aunque no directamente sino a través de su reflejo en algunas de las pinturas que pudo conocer en El Escorial.

Capítulo a parte merece el tema de los bodegones, género tan español y que para muchos investigadores nació aquí en Toledo.

Gómez Menor encontró y atribuyó a Blas de Prado una Sagrada Familia, que sigue fielmente un grabado flamenco, en la iglesia de Santiago de Talavera. Lo verdaderamente interesante es que delante del grupo familia, sobre una mesa, se exhibe un magnífico bodegón de frutas.

El tercer pintor de la misma generación es Luis de Velasco que viene a morir en Toledo en 1606. De lo poco que sabemos de su vida es que tuvo un gran prestigio en su tiempo. Muy ligado a la persona de su colega Blas de Prado. Género típicamente suyo es el retrato, suyos son algunos de los retratos de Cardenales de la Sala Capitular de la catedral. Aunque su pintura busca nuevas formulas ya alejadas del manierismo en ocasiones es clara la influencia de El Greco. De entre sus numerosas obras conocidas destacan las pinturas del retablo mayor de la parroquia de Sonseca de cuya escultura se encarga Martínez de Castañeda Las pinturas de este retablo son de tema pasional y entre ellas destaca la dedicada a la Resurrección en la que Cristo resucitado se aparece a su Madre. Para Isabel Mateo una de las más bellas composiciones toledanas de aquellos años.

Realizó también los retablos de la capilla de San Blas de la catedral que desmontados han podido ser estudiados gracias a las aportaciones documentales de Almudena Sánchez Palencia. El conjunto constaba de tres retablos. El principal está dedicado a San Blas, el titular de la capilla, en el que se quiso rendir un homenaje al arzobispo don Pedro Tenorio que había mandado edificarla. En este lienzo el recuerdo de El Greco es claro en los rostros de algunos personajes.

Otro muy interesante pintor toledano que vivirá muchos años con el Greco es Fray Juan Sánchez Cotán. Nacido en la cercana villa de

Orgaz en 1560. ingresará como fraile cartujo en 1603 en Granada donde muere en 1627. Cuando ingresa en la cartuja, ya con cierta edad, su estilo está plenamente formado, e inmerso en las corrientes que por estos años se desarrollan en Toledo. Un buen ejemplo de esta primera etapa la tenemos lo tenemos en el lienzo firmado de Cristo con la Samaritana de Santo Domingo el Antiguo, lleno de una naturalidad que transmite un delicioso candor.

Se ha comentado poco el hecho de que Sánchez Cotán tuvo una muy buena relación con el Greco y su influencia parece clara, y curiosamente, según ha expuesto modernamente el profesor Peter Cherry, en temas en los que la luz ejerce de protagonista, como ocurre con su famosa Virgen despertando al Niño del museo de Granada.

Pero la faceta de Sánchez Cotán que le ha dado fama universal es la de pintor de bodegones entre los que se encuentran algunos de los más importantes de este género de la historia de la pintura. Todos tienen una misma composición y parecidos ingredientes. Sobre el alfeizar de una ventana se colocan determinadas frutas y verduras, casi siempre un cardo, tratadas con un naturalismo absolutamente nuevo. Dada la austeridad de su contenido coincidente con la orden cartujana se han querido ver en ellos elementos de vanitas.

El pintor no parece que vendiera este tipo de cuadros sino que a su muerte debieron quedar entre sus parientes y amigos, sin una finalidad comercial.

Los bodegones de Sánchez Cotán tuvieron una gran influencia en el Toledo contemporáneo. El caso más claro lo tenemos en la obra del desconocido Felipe Ramírez de quien no hay dato biográfico alguno y que firma y fecha, en 1628, un bodegón de excepcional calidad titulado «Bodegón con cardo y francolín» que de no estar firmado se hubiera atribuido a Sánchez Cotán.

De gran interés es la pintura de Pedro Orrente, nacido en Murcia en 1580, Se desconoce donde tuvo lugar su formación si en la propia Murcia o en Toledo, ciudades en las que alternará la mayor parte de su vida. Contada probabilidad entre los años 1604 a 1612 estuvo en Italia donde permaneció una serie de años en el obrador de Leandro Bassano, en Venecia; y allí pudo conocer todo lo que de novedoso aportó la escuela veneciana. Pero aunque la influencia de Leandro Bassano y de la pintura veneciana es, en general, determinante en su pintura no ignora lo que se

pinta por esos años en otros círculos italianos. Una vez vuelto a España su trabajo se desarrollará en Toledo, Murcia y Valencia. Se ha tratado mucho sobre la influencia que el Greco pudo tener en su pintura, algo que avala esta influencia es la estrecha amistad que le unió con su hijo Jorge Manuel de el que será padrino de dos hijos. Lógicamente como ningún otro pintor de la época está inmerso en la pintura de figuras menudas y amplios paisajes, de los Bassano, ya tendiendo a un pleno naturalismo. Alguno de sus lienzos de factura tenebrista indican cómo llega a conocer y captar lo que Caravaggio aporta a la pintura de la época. La simple enumeración de alguno de los temas que el pintor traslada al lienzo nos trasporta al estilo anecdótico de los Bassano, la «Multiplicación de los panes y los peces», «Las bodas de Caná», «Jacob y Raquel abrevando sus ganados», etc., etc. En la parroquia de la Asunción de La Guardia se conservaban cuatro lienzos de los que sólo nos han llegado los dos primeros. Recientemente adquiridos para la ermita del cigarral de El Ángel Custodio se conservan dos espléndidas obras suyas, La Imposición de la casulla a San Ildefonso y La Adoración de los Pastores procedentes del destruido retablo de la parroquia de Villarejo de Salván, con recuerdos de Ribalta y el Greco en algunas de las iluminaciones. Excepcional es también su San Sebastián de la catedral de Valencia. Pérez Sánchez dice de él que es uno de los más bellos desnudos varoniles de toda nuestra pintura (que nos hace recordar) el nombre de Caravaggio y además de esta influencia, la serena belleza de la forma trae a la memoria otros trozos de pintura italiana como las de algunas figuras de Guido Reni».

Pero su obra cumbre es, sin duda, el Milagro de Santa Leocadia surgiendo de su propia tumba momento que aprovecha San Ildefonso para cortar un trozo del velo de la Santa con el puñal del rey Recesvinto de la sacristía de la catedral de Toledo, que le fue encargado como algo muy personal por el cardenal Sandoval. La composición tiene un punto de vista bajo, que obliga al espectador a ver parte de la escena casi desde el interior de la propia tumba. Una soberbia galería de cabezas, sin duda retratos muchos de ellos, asisten a la escena entrevistados entre una iluminación tenebrista. Todo el lienzo es un homenaje a la escuela veneciana con un juego de luces y contraluces de origen, sobre todo, en el pintor Pablo Veronés.

En este tema de los seguidores de El Greco ocupa posiblemente el más importante lugar Luis Tristán. Nació en fecha desconocida, pero

muy posiblemente entre 1585-1590 en algún pueblo del entorno de Toledo, muere aun joven en 1624. Considerado el discípulo por antonomasia del pintor cretense en su taller aprendió la pintura y lo más importante es que en él se consolidó como artista. Pero en la biografía de Tristán hay otro acontecimiento fundamental para su formación a veces pasado por alto, es el hecho de que Tristán en los primeros años del siglo XVII viaja a Italia, tal vez entre 1606 y 1612, a lo que parece, en compañía de Ribera, unos años más joven que él, casi un niño. Allí, entre los talleres de artistas extranjeros de Vía Margutta, conoce los derroteros por los que marcha la pintura de vanguardia de la época.

Este episodio sin duda debió influir más de lo que se ha tenido en cuenta en su vida y en su formación. A partir de este momento Tristán además de manierismo aprendido en el taller de su maestro utilizará elementos y tendencias tomados de la pintura lombarda y conocerá la todopoderosa influencia de Caravaggio y su estilo se irá distanciando de la influencia de su maestro toledano, aunque en repetidas ocasiones volverá a fijarse en él.

Sus obras importantes abundan, muy significativa de su pintura en la que se puede apreciar lo que le separa de su maestro es la Virgen de la Caridad hoy en la Diputación Provincial. Aquí la Virgen acoge bajo su manto extendido a toda una serie de personaje menesterosos, claramente inspirada en la Virgen de la Caridad, pintada por el Greco y Jorge Manuel para el Hospital de Illescas.

Es obra espléndida de Tristán el retablo de la colegiata de Yepes realizado en 1616, su obra maestra, compuesto por seis grandes lienzos de la vida de Cristo y ocho pequeños con distintos santos, entre los que destaca el rostro anciano de surcado de arrugas de Santa Mónica. En el retablo Tristán se muestra deudor de las pinturas de Maino Para San Pedro Mártir, sobre todo en las escenas de la Adoración de los Reyes y la Adoración de los Pastores. Su último gran retablo es el del convento de Santa Clara de Toledo que realiza un año antes de morir. En este retablo Tristán se muestra claramente deudor de la obra de su maestro en el alargamiento y posición de las figuras, aunque su colorido es muy distinto.

También para el Hospital de la Misericordia pinta Tristán la popular escena de la Ronda del Pan y el Huevo en el que se da vida a una de las actividades caritativas más populares de la Hermandad,

hermana de la del Refugio de Madrid. Algunos de sus miembros salían por la noche a recorrer las calles para auxiliar a personas abandonadas y hambrientas a quienes se reconfortaba con el popular pan y huevo duro.

Finalmente Tristán llegó a ser un gran retratista como podemos ver en los retratos de un carmelita « uno de los mejores retratos de su ámbito », como ultimamente se ha escrito, o en este penetrante retrato de un pintor en el que tantos críticos han querido ver un autorretrato suyo.

Y concluimos con un artista excepcional Juan Bautista Maino, uno de los pintores más interesantes del arte español. Pintor con mucha y novedosa información adquirida directamente en Italia, mal conocido hasta ahora en que felizmente se ha empezado su estudio en profundidad. Fue hijo de padre lombardo y de madre portuguesa, instalados en Pastrana, en la corte de los príncipes de Eboli, donde nació el artista en 1581. Su formación italiana le pondrá en contacto con el naturalismo romano directamente derivado de Caravaggio aunque en su pintura también se muestra conocedor de otras escuelas italianas, singularmente la boloñesa de un Guido Reni.

En 1611 regresa a España con un bagaje humano y cultural extraordinariamente rico y aquí le tenemos trabajando en la catedral de Toledo. Al año siguiente en 1612, se le encargan las pinturas del retablo mayor de monasterio de San Pedro Mártir de padres dominicos, donde en 1613 ingresa como fraile de la orden. Finalmente pasó a residir en Madrid donde fue profesor de dibujo del futuro Felipe IV. Morirá en 1648.

Los lienzos de San Pedro Mártir se obligó a pintarlos en ocho meses. El ensamblaje del retablo, según testimonio aportado por Fernando Marías se concertaba en 1607 con Juan Muñoz y las esculturas fueron realizadas por Giraldo de Merlo.

El retablo, conocido como de las Cuatro Pascual, se compone de cuatro grandes pinturas con la Adoración de los Pastores, la Adoración de los Reyes, Pentecostés y la Resurrección y de otras cuatro menores dedicadas los Santos Juanes, a María Magdalena y a San Antonio Abad.

Es, sin duda, su obra maestra. De todas las influencias aportadas por Maino desde Italia, destaca aquí su vertiente caravaggiesca, pero vista desde el lado claro no desde el oscuro tenebrismo a que nos tiene

acostumbrado el artista milanés. Sus figuras están también modeladas por la luz y sacadas del repertorio popular, con un tratamiento anatómico a veces vulgar en algunas figuras, con el repetido recurso de mostrar los pies desnudos con las plantas sucias. En ocasiones los ángeles que pueblan los cielos están copiados sin idealización alguna de los pilluelos y adolescentes que pululaban por las calles. De gran imaginación y refinado en el color estos lienzos son obra capitales de la pintura española.

Espléndidos son los paisajes de la predela. Los santos Juanes colocados en un extremo del lienzo aparecen en un amplio paisaje. El Evangelista visto junto al mar, en la isla de Patmos, se nos muestra en un contesto idealizado, llenos de celajes que difuminan los contornos. El San Juan Bautista con el cordero aparece sentado junto a un río, que se imagina el Jordán, sobre el que se deslizan suavemente unos ánades y una barca de pescadores. Las orillas del río se ven pobladas de álamos blancos y de un fronda menuda copiada de la realidad. Todo nos lleva a ver aquí un paisaje real que copia al río Tajo en la curva que suavemente se inicia por la zona de Galiana o en las márgenes del río por la isla de Antolinez que, sabemos en esta épica existió, y lo dividía en dos brazos. dirigiendo sus aguas hacia el puente de Alcántara. Al fondo, sobre la fronda de las orillas, se vislumbran claramente los cerros de Pinedo. Es sin duda uno de los paisajes cumbres de la pintura paisajista española en el que la serenidad de la naturaleza que se refleja en el río capta tosa la belleza de una realidad inmediata de extrema sensibilidad. Leticia Ruiz, aunque conoce esta teoría del río Tajo, que ya sostuvo en el siglo XIX el paisajista Jenaro Pérez de Villamil que tanto pintó en Toledo, prefiere atribuir la composición a la influencia estilística de los pintores italianos y nórdicos establecidos en Roma.

Estos dos paisajes no pasaron desapercibidos a algunos pintores anónimos toledanos. Que sepamos fueron copiados en la propia sacristía de San Pedro Mártir en unos lienzos encastrados en el muro y en la predela de uno de los retablos de la iglesia de San Torcuato.

Al margen de estos conocidos lienzos Maino dejaba también en la iglesia de San Pedro Mártir otro trozo de excepcional pintura en el fondo del arco que sostiene el coro alto de la iglesia y en el intradós del mismo donde pintó a los patriarcas Moisés y Aarón vestidos con ricas ropas sacerdotales. En el fondo una legión de ángeles niños y adolescentes, vestidos con ropas de rico y brillante colorido y tocando distintos

instrumentos musicales se arrodillan ante una bella imagen de la Virgen, Santa María Reina de los Ángeles, salida de las gubias de Giraldo de Merlo. Retirada hoy la imagen de este espacio, uno de los más bellos de Toledo, ha perdido en gran parte su razón de ser.

Y termino con una breve anécdota que me ha llevado a emitir una opinión personal. Curiosamente leyendo determinado artículo me encontré con un pasaje en el que se comentaba como, en cierta ocasión, se preguntó a Marcel Prouts cual consideraba él, el paisaje más bello de la Historia de la Pintura y respondió, sin duda «La Vista de la ciudad de Delf» del pintor holandés Vermeer. Inconscientemente la anécdota me llevó a hacerme yo parecida pregunta y la respuesta ha sido fácil, creo que este paisaje de la curva del Tajo en Toledo, es el más hermoso de la pintura española de todos los tiempos.





*1.º.- Blas de Prado: Sagrada Familia con santos y Alonso de Villegas.
Museo del Prado. Madrid.*



2º.- Fray Juan Sánchez Cotán: *Bodegón con Membrillo, Repollo, Melón y Pepino*. San Diego. Museum of Art.



3º.- Fray Juan Sánchez Cotán: *Virgen despertando al Niño*. Museo de Bellas Artes de Granada.



4.º.- *Pedro Orrente; San Sebastián. Catedral de Valencia.*



5°.- Luis Tristán; *Retrato de un Pintor ¿autorretrato?* Museo del Prado. Madrid.



6°.- *Juan Bautista Maino. Adoración de los Reyes (detalle).
San Pedro Mártir. Toledo.*



7°.- *Juan Bautista Maino: Angeles Adolescentes, (detalle de la Adoración de los
Reyes. San Pedro Mártir. Toledo.*



8°.- *Juan Bautista Maino. San Juan Bautista. San Pedro Mártir. Toledo.*



9°.- *Detalle de la pintura de San Juan Bautista. San Pedro Mártir. Toledo.*